

no podría ser realmente clasificada en ninguno de los estados mencionados. Y es que tienen tanto del uno como del otro. Son como los adolescentes, que habiendo dejado de ser niños, no son, sin embargo, hombres. Pero hay una diferencia, y es que dichos períodos del lenguaje, no tienen, como la adolescencia, un período fijo. Lenguas como la china no han pasado del estado monosilábico, y lenguas como el húngaro ó el turco, si bien han llegado al aglutinante, no han arribado al de flexión.

En esos grandes períodos de formación de estados de lenguaje, pasa éste por grandes crisis, como las lenguas al formarse, como las nacionalidades al constituirse, como los animales al desarrollarse. En esas crisis, que por lo que al lenguaje se refiere puede llamarse el período dialectal, la lucha entre los dialectos está en su mayor apogeo. (1).

Pues bien, en uno de esos períodos en que el organismo aglutinante se encontraba en vías de formación, supónese otro período en que mientras varios dialectos quedaban estacionados en el estado aglutinante, otros se iniciaban en el de flexión, separándose después en las dos familias conocidas hoy con el nombre de aria y semítica.

Después de esos períodos, pero mucho antes de que las literaturas apareciesen, en el sentido que debe tomarse la palabra literatura, supone la mitología comparada una época mítica, es decir, el período de la formación de los mitos y el de la fase metafórica del pensamiento y del lenguaje. Tres caracteres le distinguen: la homonimia, la polionimia y el antropomorfismo.

Cuando varios objetos son designados por una sola raíz atributiva (varias cosas que llevan un mismo nombre) entonces existe la homonimia; cuando un sólo objeto es designado por varias de sus cualidades y aspectos (una sola cosa que lleva varios nombres) hay la polionimia, y existe el antropomorfismo siempre que se atribuye á cosas impersonales é imaginarias las cualidades humanas.

Todo esto es característico de las lenguas jóvenes, de savia rica y robusta.

En este período el lenguaje es sólo la expresión consciente, exteriorizada, por medio de sonidos, de las impresiones recibidas por los sentidos. No expresa sino objetos como nombres y cualidades como verbos. Entonces (como hace el niño y el hombre primi-

tivo de nuestros días) no hay distinción aún entre el atributo y el nombre, la metáfora y el sentido propio. Las palabras comunes eran, en cierto sentido, mitos. De muy antiguo había abundante número que en su origen poseían una facultad expresiva y poética, las cuales aclaran el fenómeno del lenguaje mítico. Lo que nosotros llamamos nombre abstracto no era todavía conocido. Aun hoy, en algunas lenguas, principalmente en las inferiores, el número de los mismos es casi nulo ó muy reducido. No existe en las lenguas de los bongos del África, de los indígenas de la Tierra del Fuego, de los de Tasmania y de los coroados del Brasil. En los mismos Vedas y en el Zendavesta no se encuentran palabras abstractas que hagan referencia al color de la hierba y el follaje. En este último y en el Rig-Veda no existe la palabra «azul» ni la palabra «verde». Por lo familiar que el nombre abstracto nos es, no concebimos las dificultades con que se tropezó para formarlo. Así no es de extrañar que los nombres á más de un carácter individual recibieran una forma sexual. Por eso no había substantivos neutros, sino masculinos y femeninos. El neutro es de formación posterior. Esta sexualidad en el género la vemos actualmente, entre varias, en las lenguas algonquinas del Norte de América y en las dravíticas del Sur de la India; las cosas en las mismas no están divididas en masculinas y femeninas, sino en vivas ó muertas. Era, pues, entonces verdaderamente imposible hablar del día y de la noche, de la primavera y del invierno, sin dar á estas concepciones algo de individual, activo, sexual, esto es, un carácter personal. En sí mismas, como para nosotros, nada significaban las palabras; pero concebidas, no abstractamente, sino como representación de seres animados, eran realmente alguna cosa. Si hablamos emocionados y dominados por la pasión, y nos dirigimos al sol, á la luna, á los árboles, á toda la naturaleza, lo hacemos como si todo estuviese dotado de las cualidades de los seres humanos. Hablamos como si pudieran oírnos y aún atender á nuestra palabra.

En el lenguaje poético domina mucho más esta tendencia. «La codicia y la ambición le ponían telarañas delante de los ojos para que no viese la luz.» (Mariana). «Dan voces contra mi las criaturas... la tierra dice: ¿Por qué le sustento? El agua dice: ¿Por qué no le ahogo? El aire dice: ¿Por qué no le abraso?» (Grauada). «Rompe otra vez ¡oh tiempo santo! el velo; hablen las piedras tocadas de dolor, etc.» (Lope de Vega). Pues bien, en aquel período, con un lenguaje mucho más pintoresco y re-

(1) Un eminente filólogo francés ha indicado lo importante que sería estudiar esta lucha no tratada todavía ni por la filología ni por la lingüística. Aunque someramente, antes de indicarlo dicho filólogo, hemos tratado de esta cuestión en otro trabajo nuestro, publicado, si mal no recordamos, en la citada Revista.